

LA LUCHA DE PALABRAS ES LA (ACTUAL) LUCHA DE CLASES

Hernán Fair¹

Veo al hombre sobredeterminado por un logos que está en todas partes, donde también se encuentra su ananke, su necesidad. Este logos no solo no es una superestructura, sino que constituye más bien una subestructura, puesto que sostiene la intención, articula en él la falta del ser y condiciona su vida de pasión y sacrificio

Jacques Lacan, *El triunfo de la religión*

Resumen

El trabajo aborda la función material y política que adquieren las palabras. En dicho marco, se centra en su inherente capacidad de performatividad, para destacar, a partir del caso argentino, la necesidad de instituir un marco valorativo en común, que permita articular a los sectores progresistas de nuestra región en torno a un proyecto colectivo opuesto a toda forma de opresión social.

Palabras clave

Lucha ideológica, Política, Discurso.

Abstract

The work addresses the political and material role acquired words. In this framework, it focuses on its inherent ability to performativity, to highlight, from the Argentine case, the need to institute a common value framework that allows articulate the progressive sectors of our region around a collective project opposed all forms of social oppression.

Keywords

Ideological Struggle, Politics, Speech.

En un bello y estimulante ensayo publicado de forma reciente por Eduardo Gruner (2009) bajo el título de “¿Qué clase(s) de lucha es la lucha de palabras?”, el reconocido pensador argentino se pregunta acerca de la importancia fundamental que adquieren las palabras en su dimensión plenamente material. En efecto, tal como ha sido notado y subrayado, en distintos grados y variantes, desde el psicoanálisis, hasta la semiótica social, la fenomenología, el existencialismo, la pragmática, la filosofía analítica y el estructuralismo y postestructuralismo, las palabras no se inscriben en el vacío. En ese contexto, metáforas aparentemente inocentes e inofensivas como "virus" o "parásito", para dirigirse a los "subversivos" en los tumultuosos años '70 en nuestra región, y a los judíos en la Alemania de Hitler, no son simples palabras inofensivas, como tampoco lo es, con sólo observar sus efectos en el genocidio del período 1915-1918, el término “gusanos” con el que los turcos se referían a los armenios a comienzos del siglo pasado. Estas palabras, en tanto significantes intrínsecamente polisémicos, adquieren una función performativa (Austin, 1998) que, bajo ciertas condiciones de posibilidad (Derrida, 1989), otorgan una resignificación cultural que permite transformar el sentido legítimo que atribuimos a la realidad social.

Esta posibilidad de reformulación y resignificación de nuestro pensamiento, lejos de ser meramente un cambio de visión de las cosas, puede llevar, siempre bajo ciertas condiciones estructurales (legitimación y adecuación de aquel que habla, contexto sociohistórico y cultural determinado), a la propia acción social del sujeto. Es por eso que la llamada pragmática de los Actos de habla de John Austin, nos dice que “Decir es hacer” (Austin, 1998). Cuando los nazis o las trágicas Dictaduras militares que, como la acontecida en la Argentina durante el Proceso (1976-1983), catalogaban al judío y al guerrillero como un “virus” o un “parásito” al que había que eliminar como fuera para poder mantener la existencia propia como especie, se llevaba a cabo una resignificación semántica, de claro origen biopolítico (véase Foucault, 1992), que les quitaba todo tipo de entidad e identidad a los sujetos, deshumanizándolos (respecto a la experiencia nazi, véase Traversa, 2003. En cuanto al discurso del Proceso, véase Barros, 2002). De este modo, en un contexto histórico y cultural de profunda crisis socioeconómica (en el caso de la Alemania de la República de Weimar), y/o violencia de grupos armados organizados (caso argentino), el propio discurso hegemónico de pacificación y retorno a un principio de Orden, contribuía a legitimar la violencia política estatal que luego llegaría a la tragedia de miles o, en el caso del Holocausto, de millones de personas (o, mejor dicho, deberíamos decir de no personas, en tanto los ciudadanos eran desligados de todo rasgo de humanidad a partir de la utilización de las metáforas biologicistas y eugenésicas).

En este sentido, y es sólo un ejemplo entre muchos otros posibles², podemos observar que el discurso, el orden simbólico que articula un lenguaje coherente, no es pura y simple teoría abstracta, pura “retórica” hueca y sin sentido que se contrapone en forma tajante con la “materialidad” de los hechos y las prácticas. Como señala Gruner, al rescatar al semiólogo ruso Bajtín (1982), y podemos incluir también en este campo a Valentín Voloshinov (1992), a Antonio Gramsci (1984) y a Louis Althusser (1988), el discurso no es un componente superestructural, en el sentido que le otorgaba la clásica metáfora arquitectónica marxista, sino que es el lugar principal donde se realiza la lucha política. En el caso de Voloshinov, quien tuvo que exiliarse de la Unión Soviética, al poner seriamente en cuestión la dominación hegemónica del Estalinismo, al igual que en Gramsci y Althusser, críticos del determinismo y mecanicismo del marxista ortodoxo, todavía la lucha de clases era el componente que determinaba “en última instancia” la realidad social. Hoy en día, cuando el concepto de clase social ha perdido la centralidad identitaria que en su momento tuviere (Laclau y Mouffe, 1987; Altomare y Seoane, 2008), podríamos decir mejor que la lucha de clases se realiza y adquiere sentido en la lucha cultural por la definición legítima de las palabras. En otros términos, lo que queremos señalar es que la actual lucha de clases es, y lo será siempre, en tanto seres parlantes ajenos a la esencia corporal de la Cosa (Lacan, 2008), la lucha por imponer legítimamente las significaciones sociales, la lucha hegemónica, en el sentido (pos)gramsciano (Laclau y Mouffe, 1987). Es la lucha del sujeto popular, la lucha más propiamente política, que se realiza en el seno de la sociedad civil, con el objeto de hacer pasar metonímicamente la parte por el todo, como destaca Ernesto Laclau a partir de los aportes del propio Gramsci y de la retórica (Laclau, 2004, 2005), aquella lucha cultural por imponer “el sentido del orden”, como la denominaba el recordado teórico argentino Oscar Landi (1988).

Esa lucha política que debemos, porque podemos, hacer, es la lucha ideológica, la lucha que combate en el plano de las ideas con el objeto de modificar las nociones, prácticas y mitos (siempre parcialmente) sedimentados y objetivados. Es la lucha contra los sectores dominantes, en el caso argentino, la nueva derecha agromediática, que busca generar un país excluyente y para pocos, y que, de la mano del enorme poder de creación de subjetividad unidireccional de las empresas de medios masivos, ha logrado articular, en su visión reaccionaria, un bloque hegemónico que actúa como argamasa de un nuevo sentido común (Fair, 2009). Es la lucha por y para el discurso, que hoy en día se está perdiendo en gran medida por ignorancia de su relevancia y capacidad de transformar la realidad existente.

Como señala con maestría Eduardo Gruner (2009) en su estimulante artículo que aquí hemos recuperado, "La enfermedad del lenguaje argentino de hoy consiste en ese no saber". Ese no saber, cuyo problema, por supuesto, no es sólo una limitación del caso argentino, es, precisamente, el de la importancia crucial que adquiere el discurso como componente estructural, como función puramente material y performativa. Es esa función constitutiva que señalábamos de las palabras en la conformación (y posible modificación o conservación, ya sea por acción u omisión) de aquello que denominamos la realidad social. Es allí donde debemos recuperar la lucha hoy en día.

Sin embargo, no todo resulta tan fácil. Como nos lo recuerda Gruner (2009), la recuperación de la lucha político-ideológica, cuyo inicio debe comenzar por recuperar la importancia de entender a la sociedad fragmentada por visiones y demandas antagónicas que, en muchos casos, son irreconciliables (Laclau y Mouffe, 1987), sólo puede desarrollarse en toda su magnitud si compartimos en su accionar un elemento valorativo en común. En efecto, lejos de limitarse a la pura confrontación, lo que nos haría confundir a la política (vinculada a la construcción de hegemonías), con su componente político (asociado, desde Carl Schmitt en adelante, a la lógica de antagonismo de visiones) (Mouffe, 2007), la actividad política nos exige siempre un esfuerzo tendiente a articular ideas en común, para constituir nuevas hegemonías emancipadoras (Laclau, 1996, 2005). En ese contexto, como destaca con claridad Gruner: "los distintos grupos de intelectuales –es decir, de aquellos que trabajan con las palabras–, sean "progres", de "centroizquierda", "nacional-populares" o decididamente de izquierda, que puedan tener las posiciones más encontradas respecto del Gobierno (apoyo sin crítica, apoyo crítico, crítica sin apoyo), deberían al menos encontrar un denominador común en la defensa de una lengua política emancipada de la basura vomitiva que cae cotidianamente de nuestras 'cajas bobas' y compañías varias". En efecto, actualmente, cuando observamos en nuestra América Latina una recuperación de la política en su capacidad de transformación radical de las condiciones de opresión y dominación de los sectores de poder empresarial (incluyendo en este campo a los multimedios), asistimos, al mismo tiempo, a una importante fragmentación discursiva dentro de este amplio y nunca prefijado campo progresista o de (centro)izquierda democrática, que, paradójicamente, no logra hacer propio aquello que constituye el elemento inherente a la política, es decir, la capacidad de articular ideas en común para modificar la sociedad, en este caso, por supuesto, hacia el fin de toda idea de dominación de los sectores de poder político-económico. Es, precisamente, esta situación de elevada fragmentación y segmentación social dentro del propio campo de la izquierda y

centro-izquierda democrática, favorecida por la aplicación de largas décadas de políticas neoliberales excluyentes y segregativas, uno de los primeros escollos que deberíamos traspasar si pretendemos desarrollar una batalla política por transformar la hegemonía del sujeto agromediático y su discurso noventista que, como es posible observar en la Argentina actual, y no sólo allí, ahora retorna con su intento de imponer la “mano dura” y de recuperar como sea sus antiguos privilegios oligárquicos.

Las opciones políticas, en ese sentido, no son, ni deberían ser, una dicotomía simplificante e inconducente entre ser oficialista u opositor, o, en el caso específico de la Argentina, entre ser kirchnerista y antikirchnerista. Así como no todo aquel que critica al Gobierno de los K debería ser considerado un Golpista, tampoco aquel que defiende alguna medida o idea del kirchnerismo debería ser acusado simplifícadamente de kirchnerista. Esta lógica maniquea, que recuerda el clásico maniqueísmo “todo o nada”, “Reforma o revolución”, del marxismo más dogmático y ortodoxo, sólo puede llevar a una lógica funcional a la dominación de los mismos de siempre, es decir, las elites económicas, aquellas verdaderas detentoras del poder político y económico nacional, regional y mundial.

La lógica política que debería imperar, para todos aquellos que defendemos los Derechos Humanos y buscamos un mundo en el que se acabe todo tipo de explotación y opresión social; para todos aquellos que decimos “Nunca más” a los Golpes de Estado y a la dominación de una elite excluyente que pretende un país para pocos, debería centrarse y hacer hincapié en la búsqueda de principios básicos de acuerdo entre aquellos progresistas, nacional-populares, de centro-izquierda, humanistas, socialistas, de izquierda democrática, y los múltiples e indefinidos nombres posibles, que buscamos un mundo más justo e igualitario, versus los sectores reaccionarios, neo-fascistas, neo-neoliberales, autoritarios, dictatoriales, de la nueva derecha, etc., que sólo defienden sus privilegios y su imposición del poder económico-político-racial sobre las diversas minorías.

Ahora bien, esta lucha ideológica ineludible por las palabras no implica, ni mucho menos, dejar de lado las férreas convicciones personales y su expresión en partidos políticos plurales que exceden esta dicotomía binaria (sabemos que toda identidad busca diferenciarse para no perder la suya, y está bien que así sea). Por el contrario, se trata más bien de pensar en esos “denominadores comunes” que tan atinadamente nos señala Gruner, en esos puntos ideológicos en común contra la “mierda clasista, racista y ‘pequebú’ palurda” (Gruner, 2009)

que nos cae repetidamente desde los núcleos de poder del establishment. En ese marco, esta búsqueda necesaria de intersecciones y encuentros discursivos, que siempre los hay y pueden hallarse en el amplio campo de la (centro)izquierda democrática, nacional y popular, no puede limitarse nunca a la lógica reduccionista del todo o nada, blanco o negro, si es que pretende tener algún tipo de éxito estratégico e influencia social en los acontecimientos que vivimos.

Debemos tener en cuenta, en ese sentido, que muchos y muy valorables hechos, discursos, prácticas discursivas, cosmovisiones generales acerca de la sociedad, la economía, la cultura y el Estado, han cambiado en la Argentina, y en varios países de nuestra América Latina, en los últimos años. Nadie puede negar que exista actualmente un giro en relación a las políticas neoliberales del ajuste permanente y la exclusión sistemática de los años '90. Nadie puede negar, aunque puede discutirse el grado de transformación existente, que las relaciones "carnales" que países como la Argentina, y no sólo aquella, han tenido durante la década pasada, han quedado atrás y ahora se apunta la dirección hacia otro eje. Un eje que ya no mira con admiración a Europa y, en particular, a Estados Unidos, como modelo a seguir, sino que refuerza la visión latinoamericana y nacionalista en lo económico. Un eje que no coloca como prioridad el pago de la deuda externa y la aplicación sistemática y acrítica de las "recetas" económicas del establishment nacional e internacional, sino que mira prioritariamente hacia las demandas sociales insatisfechas del Pueblo y la integración social de los sectores oprimidos.

Si bien se pueden (y, a mi entender, se deben) señalar los múltiples ejes faltantes, las *incompletudes* y puntos de divergencia, las presencias defectuosas y las ausencias, el primer paso para modificar de modo radical la situación social de los sectores oprimidos, consiste en reconocer el cambio cualitativo y cuantitativo que se ha iniciado, con marchas y contramarchas, con luces y sombras, a partir de los nuevos aires continentales que nos llegan con Evo Morales, Rafael Correa, Hugo Chávez, Cristina Kirchner, "Lula" Da Silva, Fernando Lugo, por citar sólo algunos de los más renombrados.

Para seguir avanzando en este camino de emancipación, para profundizar el movimiento hacia un nuevo socialismo democrático y popular, debemos reconocer estos logros y aciertos que, con mucho esfuerzo, se han ido realizando. Sólo de este modo, reconociendo algunos avances realizados, será posible criticar y promover lo (mucho) que falta y debe profundizarse. Este presente de lucha ideológica responsable y coherente que, sin perder la necesaria visión

crítica, reconoce los avances realizados, al tiempo que no declina nunca en sus ideas de libertad, igualdad y emancipación social, en contra de toda forma de opresión y privilegio de unos pocos sobre los sectores subordinados de la sociedad, es el imperativo de origen para poder pensar en una verdadera alternativa política que no nos lleve, sin quererlo, sin planearlo, quizás sin ser conscientes de ello, a una quietud conservadora que permita, en su funcionalidad, el retorno a lo peor del pasado que creíamos superado.

Bibliografía

Louis Althusser. (1988) *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de pasado y presente, México DF.

Altomare, Marcelo y Seoane, Juan Carlos. "Identidad colectiva y clase social", *Universitas Humanística*, Número 65, 2008, páginas 73-87.

Austin, John. (1988) "Cómo hacer cosas con palabras", Paidós, Barcelona.

Bajtín, Mijail. (1982) "El problema de los géneros narrativos", en *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México.

Barros, Sebastián. (2002) *Orden democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Alción, Córdoba.

Derrida, Jacques. (1989) "Firma, acontecimiento, contexto", en *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid.

Fair, Hernán. "La hegemonía del sujeto mediático y la forclusión de la dimensión ética y social de la democracia", *Razón y Palabra. Primera revista electrónica en Latinoamérica especializada en comunicación*, México, Número 69, 2009. URL: <http://www.razonypalabra.org.mx/Fair.pdf>.

Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*, La Piqueta, Madrid, 1992, páginas 247-273.

Gramsci, Antonio. (1984) *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Gruner, Eduardo. "¿Qué clase(s) de lucha es la lucha de palabras?", diario *Página 12*, Domingo 27 de Diciembre de 2009.

Lacan, Jacques. (2005) *El triunfo de la religión*, Paidós, Buenos Aires.

Lacan, Jacques. (2008) *Seminario XX: Aun*, Paidós, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto. (2004) *Misticismo, retórica y política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto. (1996) *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto. (2005) *La Razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Landi, Oscar. "Cultura política: un concepto sutilmente ambiguo", en *Reconstrucciones*, Puntosur, Buenos Aires, 1988, páginas 201-212.

Mouffe, Chantal. (2007) *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Traversa, Enzo. (2003) *La tragedia nazi*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Voloshinov, Valentín. (1992) *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza Universidad, Madrid.

¹ Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO Argentina), Becario CONICET, Doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Correo electrónico: herfair@hotmail.com

² También podemos pensar, por ejemplo, en metáforas despolitizadas como la "aldea global", que, durante la década de los '90, terminaron legitimando la aplicación de las reformas de liberalización económica, al tiempo que contribuían a fetichizar las relaciones desiguales de poder y dominación entre los propios Estados.